
Episteme y psicoanálisis en Sigmund Freud

GERARDO A. RODRÍGUEZ CASAS



El organismo humano no es física, ni fisiología, sino psique pulsional. El aparato psíquico es, para Freud, fundamentalmente de naturaleza energético-fantasmática (psicofísico), donde lo psíquico no coincide con lo conciente, pues el hombre se encuentra dividido en su propio ser.

Sigmund Freud (1856-1939), médico interesado es-

pecialmente en neurología y psiquiatría, formó un grupo de psicoanalistas entre los que sobresalen: Jung, Adler, Rank y Ferenczi. Diversas circunstancias, como el estudio sobre la histeria llevado a cabo por Breuer, los casos tratados a través de hipnosis, etc., favorecieron el que Freud se autoanalizara y fuera éste el punto principal sobre el que se apoyara la teoría psicoanalítica. Dice el especialista J. B. Pontalis: "La reciente publicación de los primeros escritos y, en especial de las cartas a Fliess permite, una vez confrontados con *La ciencia de los sueños*, referir con toda precisión el nacimiento del psicoanálisis al autoanálisis de Freud."¹

Freud pretendió en un primer momento dar explicación causal a sus actos inconcientes —inexplicables por la conciencia— a través de la historia en la que toda personalidad sería obra de los acontecimientos, pero pronto dejó esta concepción científico-causal para pasar a la comprensión de los síntomas que remiten a una estructura fantasmática subyacente. Freud considera que esta realidad psíquica es capaz de hacer comprender la relación entre "el acontecimiento originario" y los síntomas físico-psicológicos por el mecanismo de transposición o "conversión", en el que la perturbación está ligada al "acontecimiento originario". Dicha estructura funciona de forma mitológica de tal manera que el desciframiento sólo puede alcanzarse a través de la comprensión del lenguaje simbólico que aflora a la conciencia del fondo de la estructura fantasmática.

La revolución copernicana, llevada a cabo por Freud, considera que no es la conciencia la que mide al hombre sino el deseo, no es el yo conciente el centro estructurador del ser humano sino el inconciente, el cual posee la función significante en la elaboración de

GERARDO A. RODRÍGUEZ CASAS: Profesor-investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

la vida entera. Freud intenta probar esto a través de múltiples casos patológicos, por ejemplo, la histeria, en la que se dan procesos elevados y eficientes de pensamiento. Extiende, también, su afirmación a la vida ordinaria. Así dice en *Psicopatología de la vida cotidiana*: "Un sólo análisis de sueño muestra que los procesos de pensamiento más complicados y más perfectos pueden desarrollarse sin que el enfermo tenga conciencia de ellos." Desde luego que estamos de acuerdo con Freud en la existencia de tales casos en los que el inconciente ocupa el centro, pero no en la generalización establecida por su revolución.

A través del análisis de casos de neurosis, Freud descubrió que ésta se debía a impulsos reprimidos como indeseables y empujados al inconciente. La represión es, para Freud, el proceso dinámico que permite descubrir la existencia del inconciente, porque el hecho de que la operación conciente tienda a ocultar y aniquilar la pulsión, representación y/o afecto que contradicen las normas y prohibiciones culturales —la represión psíquica— propicia que aquellos se fijen, sigan actuando y aparezcan transformados en síntomas incomprensibles para el sistema conciente. Pero el síntoma, como expresión del conflicto interno y manifestación transformada de lo reprimido, conduce a la fuente de donde proceden estos fenómenos. El control que ejerce el "yo" conciente —censura— sobre el deseo inconciente del "ello", para no entrar en conflicto con la exigencia normativa del "superyo", hace que el conflicto entre el deseo del "ello" y la defensa del "yo" sea dirimido por éste, con la represión del aquél.

Consideramos que la conciencia enmascara, inhibe y reprime en una etapa propiamente infantil de desarrollo en la que la conciencia se encuentra ligada y dependiente del poder paterno (sociocultural) y, por consiguiente, no se ha independizado para diferenciar lo que se pretende introyectar para rechazarlo o integrarlo. Esta observación descubre el ámbito de validez del sistema freudiano. Una conciencia libre y madura encauza sus energías y selecciona, entre lo que la sociedad le ofrece, los elementos que le permitirán la construcción del proyecto de sí. Una conciencia presa de sus impulsos no construye al hombre, lo destruye. Freud afirma en sus estudios que si la neurosis era provocada por la represión del "yo", que negaba el acceso del impulso a la conciencia y a la descarga directa por considerarlo vergonzoso para las aspiraciones de la personalidad, entonces la práctica terapéutica debía consistir en "descubrir las emociones y eliminarlas por medio de una valoración que aceptase o condenase definitivamente aquello que había excluido el proceso de

represión". Lo cual permite la superación del camino erróneo en el que la tendencia reprimida inconciente continúa activa buscando satisfacción y generando perturbaciones psíquicas. El análisis de los sueños y actos fallidos a través de la asociación libre permitirá descubrir la resistencia como primer paso hacia su superación y desatar los lazos de la enfermedad en sus causas.

La terapia psicoanalítica hace aflorar datos que, evidentemente, están ahí y hacen referencia a hechos, generalmente fantasmáticos, que representan para el sujeto una realidad, de mayor o menor preponderancia en la orientación de su vida. El rastreo asociativo logra, con frecuencia, sacar a flote un esquema establecido entre impulso-representación-afecto-objeto, unión circunstancial o no, pero que ciertamente no ha sido concientemente aceptada; lo que genera un desequilibrio energético y una escisión en la personalidad. La terapia se encuentra en la reintegración de la personalidad mediante el restablecimiento de un esquema que posibilite dicha unificación: así, si el objeto de satisfacción fuera la propia madre, éste no podría darse en sentido genital sin desintegrarse del "superyo" y fracasar en la locura. De ahí la necesidad de vencer la resistencia, no sólo a reconocer lo asociado, sino principalmente a cambiar las relaciones del esquema en una transferencia por la que el objeto del impulso genital permita la integración del "superyo", sin que necesariamente la madre sea totalmente relegada al olvido, sino que en una inversión afectiva pase a ser objeto de una ternura no genital, análoga a la que la madre brinda al bebé.

La experiencia terapéutica del psicoanálisis da pauta para dar crédito a múltiples descubrimientos fundados en esquematizaciones frecuentes. Así, la analogía fantasmática da probabilidad a la asociación que transfiere el acto masturbativo a la complacencia en expresarse los barros y la consecuente angustia que produce esta actividad. Ahora bien, este descubrimiento jamás podrá convertirse en ley científica, ni la media estadística podrá repartir con exactitud las probabilidades, sino que en cada caso deberá verificarse la asociación, su transferencia, etc. Sería ridículo afirmar: "todo el que se exprime los barros es porque..." No pretendo afirmar que ésta sea la intención de Freud, sino exclusivamente insistir en las limitaciones de la experiencia terapéutica en el ámbito mencionado.

Generalmente se presenta la terapia psicoanalítica como una prueba contundente a favor de la validez de su teoría, lo cual, si se analiza más profundamente, se revierte en su contra, ya que dicha terapia es expresional, sea verbal, corporal, escénica, teatral, etc. Tome-

mos el caso de la abreacción, en la que, gracias a la rememoración y verbalización de los acontecimientos olvidados (y que inconcientemente-fantasmáticamente influye y/o dañan al paciente), se libera de la carga emocional, disociando ésta de su representación primitiva y transfiriéndola a un objeto adecuado a la realidad para la propia realización. Se argumenta que este proceso sea una pre-elaboración (trabajo inconciente) operada por la asociación libre, las resistencias, la compulsión de repetición, etc. Es cierto, estos factores intervienen, pero ahora la predominancia no está en manos del fantasma sino de la reflexión conciente que explora el inconciente. La expresión y, en mayor grado, su interpretación, son obra de la razón. Así, también la transferencia, guiada por un buen terapeuta, recaerá —libre y concientemente— sobre el objeto más adecuado y no sobre el terapeuta mismo. En conclusión, la terapia psicoanalítica es obra integral de conciente e inconciente, con la predominancia de aquél, que rige la sublimación por la superación de las resistencias y la función liberadora que transfiere las energías reprimidas y perturbadoras.

Freud fue formado bajo la influencia de la tradición mecanicista de la escuela de Helmholtz. Éste, con Du Bois Reymond y Ernst Brücke, habían concertado un pacto antivitalista en el intento de reducir el organismo y su energía a un sistema físico. Esta influencia, sin duda, orientó el desarrollo del pensamiento de Freud hacia la formulación del determinismo psíquico. A esto se aunó la simpatía por la tesis evolucionista de Charles Darwin lo que propicia el que Freud visualizara al hombre bajo una perspectiva psíquico-biológico. He aquí, brevemente, su esquema: el "Modelo Económico" hace referencia al costo de la dinámica funcional de un sistema o estructura. El "Modelo Tópico" hace referencia a las instancias, categorías o elementos que hacen comprender el sistema o estructura. El "Modelo Genético" hace referencia a los estadios que explican el origen y desarrollo de un sistema o estructura.

Freud concede la primordialidad al inconciente al grado de considerar que lo psíquico consiste en él y en su realidad esencial. La conciencia es desplazada y (en algún grado) considerada como patológica, en la medida que con su represión provoca varias enfermedades psíquicas. En el hombre lo determinante es lo inconciente y no lo contrario. Freud pretende reconducir la vida humana a su origen fontal: la libido como energía básica del deseo sexual. El hombre es en su núcleo original un "ente sexual".

Es notable en Freud el prejuicio por el que tiende, casi invariablemente, a dar una interpretación de todo

proceso psíquico dando la primordialidad a la variable sexualidad. Evidentemente que hay casos en los que consideramos que Freud tiene razón y son precisamente los fenómenos en los que la sexualidad tiene la primordialidad. Así, por ejemplo, en la homosexualidad es muy probable que la "Teoría Narcísica" de Freud sea veraz en múltiples casos. Pero el salto por el que pretende explicar lo que el psicoanálisis llama "instintos sociales" —amistad, compañerismo, espíritu de grupo y, en general, todo amor por la humanidad— por esta misma vía nos parece una extrapolación infundada y aberrante.

La perspectiva predominantemente sexual invade totalmente la interpretación freudiana: la empatía es el deseo de incorporación e identificación fusional con el objeto; duelo es el doloroso desprendimiento libidinal de un objeto; tótem es el símbolo de la ley de exogamia y su consecuente prohibición de incesto; la mujer es un hombre castrado (de acuerdo a la primera solución fantasmática para explicar la diferencia de sexos); amor es la ligazón libidinal con el objeto; incluso la ternura con que el bebé mira a su madre es considerada como relación de un amor de naturaleza erótica (oral: la succión es el prototipo de la primera satisfacción erótica). La perspectiva sexualista es llevada a su extremo por Wilhelm Reich (1887-1957), psicoanalista marxista que pretendía que la plena realización humana se encontraba en su "potencia orgástica". Extendió dicha capacidad a todo el cuerpo y para desarrollarla implementó una técnica de orgasmoterapia. Reduccionismo tan radical no podía sino fracasar estrepitosamente.

El criterio freudiano juzga que la salud mental está basada en la genitalización de su libido, o sea que carezca hasta donde sea posible de tendencias orales, anales, uretrales, y que manifieste una tendencia fundamentalmente genital. También prescribe que para que el individuo resuelva su problema edípico es necesario que rompa los lazos incestuosos con la figura de la madre y establezca una "relación normal" con los seres que le rodean.

La compulsión es la acción de un nivel, bajo la presión del nivel orgánico que ha tomado el predominio. Así, la conciencia acepta la masturbación en el adolescente bajo la pulsión preponderante. Se habla de compulsión social, pero ésta es una extrapolación de la perspectiva bio-organista. La autosatisfacción es el truncamiento de una energía que sólo encuentra su satisfacción en la realización auto-hetero-satisfactiva. Sólo el amor es capaz, en su reciprocidad, de satisfacer el dinamismo energético del hombre.

Cualquier cosa que se deseó o amó vehementemente en la vida, si se ha tenido que renunciar a ella por diversos motivos, el recuerdo queda latente, aflora con fuerza del inconciente y continúa influyendo en el comportamiento y en las decisiones vitales. Lo anterior es verdadero, incluso si la renuncia se contrapone al sexo o éste no interviene. Lo cual muestra que el deseo se adhiere al objeto, sin importar la naturaleza (sexual, sublime. . .) y que la fuerza de adhesión (que no es sólo la asociación fantasmática sino la tendencia integral del ser hacia el objeto) corresponde al grado de satisfacción con el que el objeto sigue presentándose. Lo anterior hace patente que la energía vital no es de naturaleza sexual, como pretendió Freud, sino de naturaleza general y que se adhiere al objeto con la fuerza correspondiente a su satisfacción, en lo cual interviene tanto la experiencia como la propia decisión. Por tanto, el sexo no es sino un objeto que satisface un instinto, en verdad insistente (dada la necesidad de propagación de la especie) pero no es el elemento significativo que conforma la vida entera. Esto no niega los casos en los que se ha hecho del sexo el "factor significativo".

Las relaciones de Freud con Gustav Fechner le llevaron a concebir la actividad mental en un orden topográfico. La concepción freudiana del hombre es biopsico-energética, donde el aspecto económico se ha

tomado del modelo físico y hace referencia específica a Helmholtz (así la oposición entre fuerzas vivas y fuerzas de tensión) el aspecto dinámico se confía al proceso asociacionista, al que Freud libera de la rigidez mecanicista y le da el cariz de proceso mixto entre conciente e inconciente, el aspecto tópico fue del inconciente-preconciente-conciente al de las instancias "ello"-yo"-superyo", donde en realidad, el lugar que ocupa la primordialidad es el "ello" fantasmático. He aquí la "metapsicología" con la que Freud pretende superar las psicologías y filosofías de la conciencia, a las que él mismo denomina "seudocientíficas".

El sistema energético-pulsional pretende responder a la función económica del inconciente para dar cuenta del valor cuantitativo así como de las relaciones de circulación, intercambio y distribución. El cuerpo humano es un aparato en el que, de acuerdo a un trabajo de elaboración psíquico, la energía se transmite, transforma y diferencia según diversos mecanismos e instancias. La "libido" es la fuente de energía potencial de toda pulsión, que es de naturaleza sexual, y que "puede designarse, en expresión freudiana, con la palabra amor". Aunque es necesario observar que el amor y el odio no plantean una relación directa de la pulsión con el objeto sino "del 'yo' total con los objetos", de acuerdo con el mismo Freud.

La "libido" es, por consiguiente, la energía misma del ser humano. La carga energética origina el impulso cuya meta es resolver la tensión en la satisfacción objetual, pues es ley del sistema neurótico: "desembarsarse de la cantidad" —"principio de la inercia".

El proceso primario corresponde, desde todo punto de vista, según Freud, al sistema inconciente, cuya ley es la del libre fluir energético y cuyos mecanismos principales son la condensación y el desplazamiento. El actuar del inconciente es la expresión motriz de las tensiones internas en busca de la unión de la energía psíquica con su objeto —catexis—, en la que la energía es liberada como "descarga emocional". El funcionamiento del organismo humano es autoadaptativo en una economía de regulación energética de equilibrio —"principio de constancia". La pulsión y el efecto, al igual que la energía, son considerados cuantitativamente a semejanza de una carga eléctrica y así se habla, en analogía con la teoría cuántica, de un "quantum de afecto". La cantidad energética puede sobrecargarse y presionar, perderse y sufrir depresión, transformarse y proyectarse al exterior, pero su meta es liberar la tensión en la satisfacción objetual, pues su acumulación es patógena, ya que dicha tensión deriva somáticamente en energía de excitación y en la transferencia de esta





excitación psíquica en síntomas de desequilibrio físico corpóreo —“conversión”.

El “ello” es la instancia primordial del inconciente, pero no es el inconciente, pues participan de éste (en parte) el “yo” y el “superyo”, de acuerdo a la nueva tónica freudiana. El “ello” es el inconciente del deseo que consiste en el conjunto energético-pulsional de origen biológico. El “ello” es el nivel epistemológico impenetrado por la conciencia, es decir, no tornado conciente en sí mismo; es el nivel más profundo, y el que tiene mayor amplitud de campo —dada la reducción amplificadora llevada a cabo por Freud—, así también el que posee la primordialidad predominante sobre el nivel conciente para explicar la vida psíquica. Al “ello” como estatuto del deseo y los fantasmas corresponde la realidad psíquica, en oposición a la realidad exterior.

El “ello” es la estructura del aparato psíquico cuya coherente organización permite el funcionamiento energético-pulsional del deseo sexual. La naturaleza humana es, para Freud, precisamente esto: deseo inconciente y sexual, perteneciente al ámbito psicológico y, por tanto, diferente de la necesidad del instinto biológico, aunque tenga en él su origen fundamental. El deseo es algo más complejo y surge de la imagen perceptiva que se fija en la huella mnémica y se asocia con la experiencia que ha satisfecho la necesidad, por

lo que, cuando aparece de nuevo la necesidad, se recarga la imagen mnémica y se evoca la satisfacción con lo que se provoca el deseo. El “ello” es el centro de las huellas mnémicas y la institución de toda catexis libidinal.

La dinamicidad del “ello” procede de la emoción pulsional con apoyo en las necesidades vitales. La presión energética de la pulsión es de índole sexual y la vida humana se desarrolla con fundamento en diversos tipos de organización sexual (oral, anal, fálica, genital). Si bien la sexualidad es la característica esencial del inconciente del deseo y “todo el cuerpo es una zona erógena”, en expresión de Freud, lo sexual, sin embargo, no se restringe a lo estrictamente genital, pues aunque esta zona ocupe la primacía, cualquier otra parte del cuerpo puede lograr la meta de resolver la tensión sexual. El objeto por antonomasia es la persona que ejerce la atracción sexual. En conclusión, la vida o la pulsión de vida es, para Freud, de naturaleza sexual y su bien o beneficio es el que el sujeto obtiene de la catexis libidinal.

El “ello” interactúa a través de juegos de tensión con las otras dos instancias (“ello” y “superyo”), remitiéndose con frecuencia a conflictos arcaicos de la época infantil. Dicha interacción dialectiza la historia personal en la que, de acuerdo a la reducción freudiana, la sexualidad cumple el papel fundamental y le otorga su sentido primordial bajo la relación deseo-defensa.



Este mismo conflicto bajo la relación Eros-Thánatos, como pulsión de vida y de muerte, da cuenta del sentido de la historia humana y su cultura.

El mito griego de la célebre tragedia escrita por Sófocles *Edipo Rey* ilustra ampliamente y con valor universal los asertos de Freud. El destino no es el oráculo y la fatalidad de ananké sino la naturaleza humana de Edipo, que llevada por la pulsión sexual desea identificarse con su padre para poseer a su madre y, a la vez, destruir al progenitor que le obstruye el camino hacia la madre, a quien, como objeto codiciado, quiere incorporar a sí en una posesión heterodestructiva. Eros y Thánatos, deseo y prohibición, son la tragedia de Edipo. Sobre este punto retornaremos al final de este artículo, por considerar que es nuclear en la interpretación freudiana del hombre. Además, es la experiencia personal de Freud de la que partió, en su autoanálisis, la reflexión psicoanalítica.

El "ello" erótico es el fundamento de la génesis del "yo" autoerótico. El impulso libidinal en la relación lactante con la madre toma distancia para encontrar en la succión la primera satisfacción autoerótica. En este proceso se unifica la imagen de sí como objeto autosatisfactorio y ahí se constituye una estructura que, al desdoblarse del fantasma, elabora progresivamente el "yo", como principio de identificación en el que el sujeto se reconoce y define —"Ideal del yo". Esta operación constitutiva de la identidad del "yo" se realiza en una dialéctica interactiva entre las instancias. Tiene primacía en esta constitutiva la identificación con el modelo prenatal expresado en el complejo de Edipo. La historia del hombre se fragua en el conflicto deseo-defensa, Eros-Thánatos, inconsciente-conciencia. El fantasma en su omnipotencia imaginaria constituye el "yo ideal" que fracasa ante la irrealdad insatisfactoria de la primera instancia; por lo que surge de la segunda instancia (el "yo" —principio de realidad) el "ideal yo" como modelo de referencia del "yo" a la realidad que se presenta primeramente en los padres y de ahí se transfiere a los educadores, gobernantes, etc., para construir en su introyección al "superyo".

El "ello" constituye al "yo" y éste al "superyo". Las instancias se establecen en el desarrollo de desdoblamiento estructural y su conocimiento se alcanza en su proyección representativa, por lo que, aunque la semejanza sea grande, no hay una identidad total entre la estructura y la imagen proyectiva que de ella obtenemos. Consideramos que si en los casos patológicos domina la transferencia infantilista, en los casos normales tiene preponderancia el progreso de la maduración. Freud fundó sus estudios en el análisis de casos

patológicos y esto explica, para nosotros, la insistencia de este autor en la regresión.

El "yo" es la instancia intermedia entre el "ello" y el "superyo" en la nueva tópica freudiana. El "yo" desempeña, en relación con las otras dos instancias, la función de unir e integrar la personalidad, pues dado el conflicto entre el deseo inconsciente y la defensa de la norma, el "yo" regula e integra los procesos contradictorios. El "yo" continúa, en el psicoanálisis, la concepción biológica autoadaptativa, en la que esta instancia restablece el equilibrio mediante la reducción de las tensiones internas y la disolución de las amenazas externas para la conservación de sí mismo. El "yo" es una institución autodefensiva de la propia integridad personal. Cuando el "yo" falla en sus funciones, la personalidad se divide de acuerdo a la desintegración de las instancias. Así, en la psicosis, la fantasía asocia y establece lo que el principio de realidad niega; en este caso el "ello" y el "yo" se desintegran. En la esquizofrenia, el predominio del "ello" disocia fantasmáticamente y en beneficio de esta instancia al "yo" del "mundo" del "superyo", por lo que el pensamiento se torna incoherente, insólito e ilógico. No es el "yo" el que se escinde, como pretende Freud, sino la personalidad. El dominio del inconsciente obnubila la conciencia y por ello no debe causar extrañeza la despersonalización.

Para Freud, el "yo" no es el centro integrador del ser humano, como pretenden actualmente algunas corrientes psicoanalíticas, que fundamentan la terapia en el acrecentamiento de la fuerza y extensión del "yo" pues éste, en la terapia, no es sino un síntoma en el que aparecen enmascarados los signos procedentes del inconsciente. El "yo" se muestra ahí como el núcleo de las resistencias a los movimientos que surgen del centro de nuestro ser: el inconsciente. El "yo" tiene su origen en la imagen del otro: "El hombre ignora su deseo —dice Pontalis— es el otro o por el rodeo de ese yo, que es el otro, como el hombre busca vehementemente hacerse anunciar lo que él mismo es y se encierra en la relación de concurrencia con sus semejantes".² Siendo el deseo general en su tendencia, requiere de la especificación de la impresión que proviene y se anuncia en el otro. Por lo que, dado el nacimiento prematuro del hombre, la impresión adquiere un alcance decisivo. Pero en su encuentro con el otro, el "yo" se identifica con él (su padre), el "yo" es originalmente otro. En oposición a la identificación surge la diferenciación y el conflicto por el que reprime el movimiento que proviene de su mismo ser. En la afirmación-negación se ocasiona la neurosis. La conciencia se muestra así en su misma esencia como represión y el "yo" como "resis-

tencia" a la productividad del sujeto. La conciencia es una pantalla que encubre la verdad y la terapia consiste precisamente en provocar la acción de la conciencia para descifrar tras el engaño la verdad que ahí se transparenta.

Para Jacques Lacan (1901-1981), el sujeto es un mito, cuyas funciones cumple ampliamente la estructura lingüística, que es la ley que constituye la cultura (nivel conciente) y el deseo (nivel inconciente), pues afirma: "pienso donde no estoy por el pensamiento; por tanto, soy donde no pienso". Es decir, si la estructura lingüística dicta la conducta, el hablar de "sujeto pensante" carece de sentido. El predominio otorgado por Lacan a los "complejos de significantes" olvida, en su reduccionismo, que el significante sólo es tal para un sujeto. La relación significante-significado no basta para constituir el lenguaje. La asociación no es palabra.

Lacan establece tres registros en el orden del inconciente: lo simbólico, lo real y lo imaginario. Lo simbólico hace referencia al orden que rige una cultura. El inconciente, fundamentalmente sexualidad según Freud, en su origen carece de ley, lo que propicia que, al enfrentarse con la norma de la civilización que pretende ceñirla a una ley, se dé el "complejo de Edipo". El "yo" pretende la identificación con el medio, el "yo" es una "ropavejería de identificaciones", afirma Lacan; por el contrario, el "ello" especificado por el otro —"el inconciente es el discurso del otro"— manifiesta el ser mismo del hombre. De acuerdo a esto, cabe perfectamente, en translúcida reducción, definir al ser humano por uno de sus aspectos y ciertamente no el superior como el de ser un "ente sexual". La cultura es, por consiguiente, en abierta oposición, el obstáculo a la realización humana. Mas, ¿la desaparición de la norma no haría que el hombre regresara a la ley de la jungla?

La conciencia, de acuerdo a la concepción freudiana, posee una fundamentación total y exclusivamente neurofisiológica, lo que evidentemente incluye, en buena medida, una negación de todo elemento espiritual en la conciencia y, en general, en el hombre. Ahora bien, dicha conciencia se encuentra ligada a la percepción de los órganos sensoriales, por lo que sus funciones se reducen a informar sobre los acontecimientos internos y externos, así como controlar e incluso seleccionar elementos de estos procesos perceptivos, lo que permite al sistema conciente desempeñar la función de "principio de realidad". La concepción mencionada corresponde a la "época infantil" del hombre, en la que la conciencia depende de la percep-

ción sensorial, lo que hace que Freud pueda dejar fuera toda la problemática de los procesos superiores de la conciencia y no se vea obligado a dar razón de la sublimación que complica tales procesos. Nuevamente podemos apreciar que la reducción conlleva sus propios límites.

La conciencia no es coextensiva con el "yo", ya que es sólo uno de sus elementos y, además, la primacía del "ello" hace que la conciencia, al igual que el "yo", sea una organización periférica en dependencia de la vida pulsional. La conciencia es aún nociva en cuanto ilusión mistificada, en la medida que la representación conciente es el efecto de un desplazamiento con respecto al sentido inconciente, por lo que el texto conciente es una deformación y condensación. La asociación con el "superyo" hace que la conciencia mutile y desfase el texto original. La conciencia realiza, pues, una elaboración secundaria y superficial en relación con la elaboración primaria y original del "ello". La contratextis operada por la conciencia es un obstáculo a la genuina realización.

La retroactividad, como modificación de experiencias pasadas a la luz de nuevas experiencias, plantea problemas a Freud porque la acción se ha revertido y ya no es la experiencia infantil y la primordialidad sexual los factores dominantes, ahora interviene cierta causalidad psíquica en la que los fantasmas originarios son desplazados. Evidentemente, en la retroactividad el sistema es inverso y exige la reflexión concienical.

Si la resistencia es un proceso inconciente, entonces parece provenir, de acuerdo con el mismo Freud, de una repulsión de lo reprimido como tal en su dificultad de ser aceptado. Aquí la asociación es comprensible y consideramos que la interpretación freudiana es atinada. Aunque, ciertamente, tal tipo de resistencia no pertenece al "yo conciente" ni menos "reflexivo", pues en la época madura del hombre, la conciencia reflexiva controla impulsos y deseos en la constitución de su autoproyecto.

El "superyo" ocupa en la nueva tópica la contraparte del "ello", representa la autoridad, como norma represora de pulsiones; es la instancia de la prohibición. Tiene su génesis al declinar el "complejo de Edipo". Afirma Freud que ante la amenaza de castración se forma el "superyo". Éste es la "identificación exitosa con la instancia parental", la imagen de los padres con la que se da la identificación es la del "superyo" de éstos. El "superyo" es la interiorización de la autoridad parental. De esta manera la instancia de autoridad está en contradicción en el propio sujeto con el "ello". Las normas se convierten en fantasmas inconcientes que

entran en conflicto con el deseo. La angustiosa tensión genera ante la prohibición el sentimiento de culpabilidad. El "superyo" es la "conciencia moral" que, en visión invertida al "ello", establece la abstinencia.

El "superyo", al que hace referencia Freud, es en su núcleo de naturaleza inconciente, dado que las normas son interiorizadas por imposición autoritaria del poder, y su función se ejerce inconcientemente a través de fantasmas. Por lo que concluimos que tal instancia es posible en una época infantil, donde el predominio del inconciente propicia dicha situación. Por el contrario, cuando la conciencia adquiere la madurez suficiente, se independiza para regular y orientar la energía pulsional, así como para aceptar, rechazar o modificar normas, estableciendo su propio criterio de acción. En esta inversión se constituye la persona en interacción dinámica con los otros, formando comunidad. Es sublimación interactiva y no prohibición autoritaria.

El sistema fantasmático-asociativo cumple la función dinámico-integrativa del inconciente del deseo. El fantasma es la representación psíquica de la pulsión; el deseo inconciente tiene psíquicamente existencia imaginaria, por lo que el fantasma es el escenario donde se representa el teatro de la vida. Es más, en frases del mismo Freud, el fantasma no sólo es de por sí inconciente sino "incapaz de volverse conciente", pues "su origen (inconciente) es decisivo para su destino". Esta incapacidad se debe a la resistencia de la censura del conciente. Esta posición radical de Freud responde a la etapa del desarrollo en la que la conciencia, aún en germen, es dependiente en su propia evolución del inconciente y en su interacción externa de la norma introyectada.

La asociación representativo-afectiva del inconciente no es un proceso mecánico ni tampoco pura espontaneidad circunstancial, sino un juego de encadenamientos entreverados con apoyo en la experiencia personal en interacción con una determinada realidad ambiental que propicia esquemas totalmente diversos en su configuración general, pero con nociones fundamentales comunes que corresponden a los datos comunes a las experiencias. Tales nociones son: espacialidad, temporalidad y objetividad. A partir de ellas las vinculaciones entre las experiencias trama los esquemas por la relación espacio-temporal-configurativa. Lo anterior esclarece la necesidad de recurrir a las experiencias impactantes (que afloran en sueños, compulsión de repetición, ...) y a la cultura ambiental para interpretar los casos concretos (normales o anormales).

Los esquemas asociativos dependen de mecanismos

muy simples como la intensidad y el tipo de relación afectiva, la semejanza, la cercanía espacio-temporal, etc. Mecanismos muy simples, repito, en comparación con la complejidad experiencial que relaciona a cada una de las múltiples personas con el enorme número de factores ambientales en la sociedad humana. La asociación se fundamenta así en leyes de mecanicidad simple, pero de relación concretizante muy compleja, por lo que la especificación resulta tremendamente difícil, si no es realizada por el mismo sujeto que llevó a cabo el trabajo asociativo. Lo cual es un índice claro de que las leyes de asociación no son sino el umbral de un trabajo científico y que los múltiples modelos de conjuntos con características asociativas semejantes —complejos— no son sino índices de probabilidad, avance sin duda de naturaleza científica, claramente lejana al pretendido determinismo psicológico.

La intervención del fantasma implica una transformación, es decir, el cambio de una estructura o forma (formación) en otra; así se da la transferencia por la que un afecto se desplaza de objeto, o una representación pasa a ser otra diversa. Estos fenómenos son generalmente el resultado del conflicto entre el deseo y la defensa del "yo", pues la representación reprimida sólo puede pasar al conciente transformada: en razón de la censura. Al proceso por el que se fija el sentido de la expresión le llama Freud "condensación"; así, el sueño es fruto de una compleja red de asociaciones, expresión condensada del sentido inconciente. La incoherencia de la representación conciente se debe al desplazamiento de sentido y a la ilógica asociación con restos diurnos; etc., la traducción formal o transformación, a pesar del desplazamiento, hace referencia designativa o simbólica al primigenio sentido inconciente.

Freud insiste demasiado, en tozuda exageración, en la persistencia de asociaciones representativo-afectivo-objetivas. Así el deseo se halla ligado a la persona-objeto de la primera satisfacción. El "complejo de Edipo", de este modo, es un ejemplo de la fijación-regresión. La transferencia se constituye en una repetición de las situaciones vividas en la infancia. El desarrollo humano, que muestra una madurez conciente capaz de proyectar su futuro, cambiar el sentido, el objeto y sublimar las energías, es una superación del reduccionismo infantilista de Freud.

La predominancia del sistema fantasmático-asociativo marca el ámbito por donde camina el mito. La vida del mundo externo es la proyección de la vida interna con la magia de la omnipotencia creativa por la que el sistema fantasmático-asociativo hace aparecer sobre la

pantalla imaginaria la ilusión fantástica, esquematizada por la asociación de los elementos que brotan de la propia vivencia. Así, la vida es teatro y sueño a la vez. Se pone en escena y se transforma de acto en acto. La afectividad desempeña aquí su papel primordial. El amor como protagonista y el odio como villano se baten en denodado duelo y, trágicamente, la muerte y la destrucción ponen término a la belleza de la vida. El "yo" y su ambiente cambian auto-alo-plásticamente por el hechizo alucinatorio de la satisfacción del deseo, donde el fantasma es el amo soberano y su vida un delirio. Si todo esto fuera irreal, se desvanecería la pesadilla, pero lo trágico es que pertenece a todos los humanos, como el primer estadio de su desarrollo conciente, etapa, por demás, propensa a estereotiparse y degenerar patológicamente. Su superación se encuentra en su sublimación.

La teoría psicoanalítica privilegia, en la interacción con otros y con la realidad exterior (así como también en la interior), la interrelación fantasmática, por lo que podemos afirmar, sin temor a equivocación, que dicha teoría hace referencia al estadio mítico del desarrollo humano. En este estadio la organización de la vida depende, según Freud, de la estructura libidinal, por la que el impulso se descarga en la catexis, relacionando asociativo-fantasmáticamente el deseo con su objeto y gratificación. Es también tendencia insistente en Freud recurrir en su interpretación a las formaciones fantasmáticas primitivas u originales, en las que hace descansar la explicación de múltiples fenómenos psíquicos, como la castración, la escena primitiva, la seducción, etc. No dudamos que se den casos de tal género, pero nos parece que su generalización "científica" raya en el ridículo, como es el caso de la afirmación de que el fetiche es el sustituto del falo de la propia madre, fenómeno acaecido en un proceso de renegación por el que se escinde la función imaginaria de la realidad. El ridículo se profundiza cuando ubica en torno a esta noción el estudio de la escisión e integridad del "yo".

El sistema psicoanalítico cobra unidad y sentido si se le ubica con propiedad en su ámbito mítico, donde la dominancia fantasmático-asociativa es regida por la preponderancia habitual de un instinto, cuyo impulso marca la orientación: así, para Freud, este instinto es el sexo; para Nietzsche es el poder; para un tercero, el poseer, etc. Sin embargo, tal unidad y sentido se fragmentan en cuanto la conciencia inicia a independizarse del deseo inconciente y pretende racionalizarlo. Entonces la dominancia va pasando progresivamente al

"yo" conciente y constituye una aberración, desde nuestro punto de vista, el continuar cediendo ante el imperante inconciente. Si la conciencia es la sublimación de éste, la nostálgica regresión no es sino una patológica escisión del hombre en su integridad.

Freud habla de una cierta percepción psíquica interior a la que le llama "endopsíquica" y que en la "*Grandiva* de Jensen" caracteriza como una "intuición confusa" e "insistente", análoga a la amnesia infantil, semejante a la profesión arqueológica, imprevista y apasionada. Esta descripción corresponde, según nuestra interpretación, a una percepción es-

timulante (en el caso de *Grandiva*: el bajo relieve) que de alguna manera se asocia con huellas mnémicas, las cuales, al ser reactivadas, surgen ante el conciente; la relación es imprevista, desde luego, pero la representación es confusa por el lapso temporal del olvido y, sin embargo, la afectividad que la acompaña se reduplica con la fuerza de la represión. No coincidimos con Freud en que la percepción endopsíquica sea inconciente, pues esto contradice la naturaleza misma de este ámbito. La intuición endopsíquica pertenece a la conciencia. El caso de *Grandiva* es integral y no meramente inconciente. Por otra parte, el "insight" inglés insiste en la capacidad humana para obtener un conocimiento ordinario y continuo del propio inconciente.

La estética con sus obras de arte representa, para Freud, el culmen de la realización humana, porque en ella ve la etapa superior de su concepción del hombre.



La belleza encarna el modelo ideal del deseo, como suprema y sublime reivindicación de la integridad de sí, de naturaleza fálica. La obra de arte expresa la relación de amor entre el sujeto y su propia imagen —“complejo de Narciso”—. Ahí el deseo inconciente es sublimado por la fantasía y transformado en la obra de arte. Como podrá apreciarse, Freud permanece en el estado mítico, regido por el sistema fantasmático asociativo, pues la obra de arte (y, en general, la estética) es una ilusión que el artista produce por asociación fantasmática en un estado de semiconciencia. El arte es un sueño semiconciente.

Si para Kierkegaard la angustia es el camino de la sublimación, para Freud es la vida de la perversión. La angustia propicia, de acuerdo con Freud, el fracaso del deseo, porque lo asocia a fantasmas arcaicos de muerte y destrucción. La boca, fuente de goce, por la angustia se vuelve instrumento de agresividad y de dolor; así la bulimia: hambre permanentemente insatisfecha. La envidia recrudescer la angustia, porque desea poseer lo que pertenece a otro mediante la pulsión de muerte. Semillante depravación ha producido, para Freud, la religión, como la máxima perversión. La envidia del poder del padre —de naturaleza fálica— le ha matado, y la angustia le ha hecho retornar, por incorporación canibalística en la comida totémica en la que se pretende apropiarse del poder de aquél. Las comidas místicas no son otra cosa, para Freud, que la búsqueda por satisfacer el impulso que fracasa (angustiosa-envidiosamente) en su inútil asociación con los fantasmas arcaicos, pero su fijación hace que se repita inevitablemente —compulsión-repetición. Si la estética es la cumbre, la religión es la cima: sepulcro del deseo.

La religión, para Freud, no es más que el engendro del “complejo de Edipo”; Dios no es más que sublimaciones de la imagen del padre y de la madre. Ciertamente, una de las causas que permiten la concepción de la idea de Dios se genera en el hombre en la interrelación de paternidad-filiación, pero la pregunta es:

¿por qué se subliman tales imágenes y se desprenden de la relación real entre padre-hijo concretos y humanos para absolutizarse en el nivel religioso? La tendencia humana a la divinización es inobjetable.

Toda neurosis establece una duplicidad en la que lo rechazado vuelve ocultamente bajo lo simbólico; así, el paciente que responde al analista: “Usted me pregunta quién puede ser esta persona que aparece en mi sueño, no es mi madre”. Freud señala con acierto que en la negación se oculta la aceptación de lo rechazado. Del mismo modo, señala Lacan que el factor determinante de la actual neurosis es la tendencia contemporánea a borrar la “imago paterna”, imagen que retorna de múltiples maneras en la acción de autoridad y en las más diversas normas sociales.³ Estas contradicciones establecen la neurosis y dan al psicoanálisis la ocasión de solucionarla, porque cuenta con la técnica y la teoría que responde a esta problemática; aunque le será difícil, dadas sus limitaciones, ya que el hombre es un ser integral.

El psicoanálisis es capaz de dar solución a la neurosis contemporánea, porque posee en su haber los datos sobre aquello que organiza radicalmente el inconciente y su sistema fantasmático, porque es capaz de descifrar el sentido del material presente y vencer las “resistencias”. El psicoanálisis es un proceso que opera por medio del diálogo, avanza entre los juegos de palabras de la dialéctica fantasmática de los síntomas para interpretarla de modo análogo a los jeroglíficos. Esta relación intersubjetiva es fundamental para el descubrimiento de lo simbólico y su configuración significativa:

“el análisis posee —asevera Pontalis— los medios apropiados a su fin, se realiza únicamente por intermedio de la palabra y descubre que la raíz del hombre es la simbolización, y su historia un trabajo de creación de sentido.”⁴ Lo reprimido se sumerge y manifiesta en un sistema simbólico, que es pre-para-extraverbal, al que el analista accede para transformarlo en “logos vivo”, capaz de manifestar los significantes en sus sig-



nificaciones. Desde luego que aceptamos y admiramos el descubrimiento freudiano en la evolución a que lo somete Pontalis pero, evidentemente, en sus propios límites: el inconciente en su organización simbólica durante la etapa en que esta estructura domina el sistema integral del ser humano, etapa mítica que, consideramos, ha sido superada, en general, por la evolución histórica del hombre, pero en la que aún permanecen individuos y grupos étnicos, sea por un retraso evolutivo sea por un retroceso patológico.

La psicosis histérica o histeria hipnoide se caracteriza por una situación en la que el sujeto aparece incapaz de ejercer las funciones conciencales de aprehensión y de integración de las percepciones vitales. Janet considera que en la histeria se da un "estrechamiento de la conciencia" que perturba la integración psicológica en su síntesis mental. Si no hay transformación no hay elaboración y, por consiguiente, intervención psíquica. Sólo la energía libre se descarga directa e inmediatamente sobre el organismo en detrimento de éste; tal es el caso de la histeria en la que no se da elaboración asociativa. La intervención del inconciente psíquico transforma la energía (a través de la elaboración asociativa) para producir la energía ligada a representaciones inconcientes (que en un desarrollo de madurez son concientizadas, comprendidas y sublimadas en una descarga auto-hetero-realizativa). El actuar del inconciente es llevado a cabo por las determinaciones (circunstanciales, no lógicas) de la estructura asociativa del fantasma. Las experiencias personales se ligan en múltiples hilos entrecruzados para formar la trama de los disímiles esquemas fantasmáticos. He aquí la dificultad para construir una explicación científica que no se mueva en una línea de interpretación estadística más o menos probable, si se permanece en una etapa en la que el predominio del inconciente hace ininteligibles los procesos. La reflexión de la conciencia torna lógicos y coherentes los procesos y facilita, por ende, su científicidad, que depende más, según vamos mostrando, del desarrollo integral del hombre y menos del refinamiento metodológico. Evidentemente lo anterior se ubica en el contexto de las ciencias humanas y/o sociales.

En cuanto a los casos conocidos con el nombre de "doble conciencia" o "desdoblamiento del yo" nos parece que no son ni una doble conciencia ni, por tanto, un verdadero desdoblamiento del "yo", sino una doble imagen o concepto del "yo", debido a una posible experiencia, que ha generado una escisión y duplicidad estructural, que produce un desdoblamiento en la actividad existencial. Es el mismo "yo concienencial" el que

se imposta en una u otra estructura para generar una u otra actividad existencial. La desintegración estructural guarda un estado de desequilibrio tal que se torna patógeno.

La integración del sistema freudiano se establece gracias al principio de constancia, ley que regula la energía del aparato psíquico, restableciendo continuamente su nivel. El proceso se inicia en una excitación corporal que da origen a una carga energética, fuerza que a nivel psíquico constituye el impulso; por ello, la pulsión se encuentra entre lo psíquico y lo somático. El "ello" es la primera instancia que regula la economía pulsional como principio de placer que busca reducir las tensiones por medio de una satisfacción placentera bajo la égida de los procesos fantasmáticos. El "yo", segunda instancia que participa de lo inconciente y de lo conciente (minimizado éste por la reducción freudiana), regula la economía pulsional, como "principio de realidad" que, ante la insatisfacción alucinatoria del deseo, introduce la realidad del mundo para buscar satisfacción real, aunque sea desagradable. De este modo, el "yo" pretende defender la integridad físico-psíquica de la persona mediante procesos autoadaptativos y autodefensivos que buscan la reequilibración energética —"homeóstasis". El "superyo", tercera instancia que representa la autoridad social (interiorización de la autoridad parental), regula la economía pulsional a través del principio de realidad del "yo" y mediante procesos entre los que sobresale el sentimiento de culpabilidad ante la infracción de las normas impuestas por la autoridad.

Eduard von Hartmann absolutiza el inconciente en una radicalización reductivo-amplificadora de la perspectiva freudiana.

El reduccionismo freudiano se hace patente cuando observamos que el inconciente abarca no sólo el "ello" sino que se amplía al "yo" y al "superyo". Estamos de acuerdo con Freud en que también en estos dos niveles se dan procesos inconcientes que bien pueden ser procesos primarios transformados, pero nos parece evidente que en el "yo" y el "superyo" la primordialidad la tiene la conciencia y no la inconciencia, a no ser que se trate de la etapa infantil, ontogenética y/o filogenéticamente considerada, en la que, dado el nivel de desarrollo, el "yo" y el "superyo" se encuentran en germen, involucrados y bajo el predominio del inconciente "ello". Por otra parte es cierto que grandes grupos humanos viven aún, a fines de este siglo XX, la etapa infantil de su desarrollo, pero consideramos que esto no puede ampliarse a toda la humanidad. En este punto, la prueba es fáctica y se remite a una estadística so-

bre el grado en que se utiliza el lenguaje mítico. En todo caso, en el hombre "maduro" la primordialidad ha pasado al "yo conciente", sin que importe para ello el número (aunque pueda ser alarmante) de personas que hayan alcanzado este nivel.

El proceso de interiorización freudiano tiene el sentido de "proceso de diferenciación e integración". Lo que bien puede darse a nivel asociativo, pero la intervención del "yo", por ejemplo, en la interiorización de un conflicto, hace participar el conciente en la diferenciación e integración, proceso en el que la primordialidad seguirá en manos del inconciente sólo en el caso de un desarrollo infantil; superado éste, la conciencia cobrará la primordialidad y el esquema anterior encontrará su sublimación en uno nuevo. Lo anterior evidencia el ámbito de validez de la teoría freudiana, así como que su superación depende del desarrollo y no de una refutación.

En la conciencia se realiza una interacción entre los estados inconcientes y los concientes, de tal modo que no son los estados concientes los que imponen su perspectiva, sino que, muy frecuentemente, la "síntesis trascendente", la cual no es la suma material de los factores sino la comprensión superativa puede inclinarse definitivamente por alguno de los factores en interacción.

Es curioso notar que el psicoanalista inglés Donald Woods Winnicott (1896-1971) haya expresado con el término "self", una "personalidad corporal" para insistir en la unidad, integridad y totalidad en los procesos biológicos y psicológicos como la maduración. El "self" integra a lo estructural la perspectiva existencial de la experiencia que cada uno tiene de sí, en la que fundamenta su teoría de autonomización progresiva. Antes de él, Paul Schilder (1886-1940), psiquiatra perteneciente a la sociedad psicoanalítica de su ciudad (Vie-



na), había intentado integrar fisiología, psicología y sociología en una ciencia bio-psico-sociológica.

Fenomenólogos, como Jean-Paul Sartre, han rechazado el inconciente como carente de sentido, pues consideran que todo objeto, al tener una intencionalidad, pertenece a una conciencia. *El Ser y la Nada*, de Jean-Paul Sartre, ha sido llamado un "psicoanálisis existencial", en el que coincide con Freud en el principio —el hombre es una totalidad y se expresa entero en toda conducta— en la finalidad —poner al descubierto el comportamiento empírico— punto de partida —la experiencia— y en el punto de apoyo —la comprensión preontológica y fundamental— pero no hay acuerdo en el objeto —Freud determina la "libido", mientras Sartre se abre a la libertad de elec-

ción y niega el inconciente, pues afirma que "el hecho psíquico es coextensivo a la conciencia"— ni en el método —Freud busca por asociación, en tanto que Sartre interroga y compara—; además de que no se entiende lo mismo por "comportamiento empírico", y su nivel epistemológico es totalmente diverso.

El psicoanálisis, además de ser una técnica terapéutica y una teoría de la vida psíquica, es un método de investigación que pretende poseer la técnica interpretativa capaz de develar el sentido oculto del inconciente a través de un trabajo de desciframiento del texto, labor análoga a la de la arqueología. La interpretación psicoanalítica parte de un sentido manifiesto para descubrir el sentido oculto. El contenido manifiesto del texto consiste en la expresión que presenta el sujeto, expresión que al haberse concientizado ha adquirido sentido lógico y se ha disfrazado por la censura. A partir de ahí, el análisis se apoya en una traducción analógica que relaciona el elemento manifiesto, como índice o figuración indirecta del deseo —símbolo—, con la corriente psíquica dominante, cuyo campo es esencialmente sexual. El discurso asociativo es el método que reactiva las huellas mnémicas para sacar a flote la trama del texto inconciente.

La interpretación freudiana es la inversión de un trabajo de sueño. En éste lo reprimido aflora enmasca-

rado y transformado en lenguaje simbólico; el trabajo psicoanalítico trata de relacionar el sentido manifiesto por el lenguaje simbólico (síntomas, lapsus, restos diurnos, datos históricos, etc., con el sentido oculto a través de asociaciones fantasmáticas), que en la terapia psicoanalítica se pone en manos del mismo paciente y tiene probabilidades de mayor éxito, puesto que la estructura asociativa corresponde a quien hizo el primer trabajo, y ahora, si está debidamente dispuesto, desandar el camino hecho; pero en el caso de las obras de arte, el trabajo asociativo lo realiza el sujeto psicoanalizante con su propia estructura asociativa y corre el riesgo de reflexionarse más a sí que al artista. Aún en el caso, el más frecuente, de que el artista se haya proyectado, autorretratándose en la obra de arte, la interpretación implica la autoproyección del sujeto contemplante. Por ello, las interpretaciones freudianas son precisamente eso, en relación con un Leonardo da Vinci, un Michel Angello Buonarrotti, etc. Esto no impide que, dada la experiencia psicoanalítica alcanzada por Freud, algunas de sus asociaciones sean acertadas en relación con sus psicoanalizados, pero permanecerán en un nivel muy probabilístico, muy lejos de la pretendida cientificidad.

La interpretación psicoanalítica reduce la simbólica, la elección de objeto y, en general, el actuar, al campo sexual. No desconocemos la preponderancia que tiene el sexo en la etapa de la vida humana en la que domina el inconciente, pero Freud deja fuera de juego, sin que ignore su existencia, las etapas superiores del conciente. La sublimación del inconciente se encuentra en el conciente, y cuando Freud se refiere a éste, sigue insistiendo en los elementos pertenecientes al sistema inconciente y que se encuentran ahora sublimados. Parece ser que este otro campo era ajeno a la perspicaz mirada del genio fundador del psicoanálisis y, sin embargo, la entrada en este nuevo ámbito posibilita otras interpretaciones, que Freud califica de anagógicas, que superan en su sublimación el reducido campo del inconciente de deseo sexual.

C. G. Jung (1857-1961) integró en una personalidad la divi-

sión de la triada freudiana. La energía vital unifica las diversas tendencias psíquicas y, sin que se le reste importancia a la sexualidad, se le ubica en su lugar. Los fenómenos psíquicos no son simples, sino complejos; ahí hay elementos positivos y negativos, y participa el conciente y el inconciente. Este no se restringe al ámbito estrictamente individual, sino que es colectivo, está formado por "arquetipos", entendidos estos como esquemas de comportamiento instintivo que hereda como substrato psíquico común que hacen referencia a todas las tendencias humanas, incluido el sexo. La reacción integradora de Jung ante la inclinación desintegradora de Freud es loable y encuentra elementos positivos, pero la estructura total permanece en la ambigüedad al no proponer un núcleo de primordialidad en torno al cual se dan las relaciones y el funcionamiento general.

Carl Gustav Jung, en *Tipos psicológicos*, clasifica el inconciente en: a) personal: procede de las adquisiciones concientes, que, pensadas, sentidas, etc., han sido olvidadas, reprimidas o en todo caso han salido del umbral de la conciencia; b) heredado por funciones psíquicas inconcientes y/o estructura cerebral; c) mitológico: procede de "motivos e imágenes que en todo momento y dondequiera pueden reaparecer sin tradición histórica ni migración previas".

La "libido" es, para Jung, el conjunto de fuerzas o energía psíquica de naturaleza no sexual sino vital. La "libido" no es otra cosa que el concepto psicológico correspondiente al físico de energía; por ello, para él, todo impulso psíquico tiene su fuente en una "energía vital".

La asociación libre de representaciones con carga afectiva manifiesta un complejo y marca un determinado acontecimiento en la vida de un individuo. Para descubrir tales "complejos", Jung elaboró un *test* que se apoya en palabras inductoras de la asociación requerida y, en especial, de la "imagen", que es la



representación inconciente fundamental en torno a la cual se organizan las relaciones reales y los complejos.

El "inconciente colectivo", escribe Jung, es "la prodigiosa herencia espiritual de la evolución del género humano que renace en cada estructura individual" y que consiste en la disposición innata a formar estructuras asociativas análogas. Éstos son los "arquetipos" que funcionan en todo pensamiento mítico. El conjunto arquetípico constituye el fantasma originario que organiza los contenidos representacionales y, en consecuencia, la experiencia personal. Las relaciones entre el inconciente y la conciencia las expresa diciendo en *Tipos Psicológicos*: "La relación funcional que se establece entre los procesos inconcientes y la conciencia ha de considerarse como algo de índole compensadora al hacer aflorar del proceso inconciente —según nos enseña la experiencia— el material subliminal que corresponde a la situación consciente, es decir, todos aquellos contenidos que, si todo fuera consciente, no podrían faltar en el cuadro de la situación consciente".

La "personalidad" consiste, para Jung, en un conjunto de sistemas interactuantes. Éstos son: "yo", "inconciente personal" (con sus complejos), "inconciente colectivo" (con sus arquetipos), animus o anima, sombra, persona y "sí-mismo". Hay dos actitudes: introversión y extroversión, y cuatro funciones: sensación, sentimiento, intuición y pensamiento.

Jung entiende por "individualidad" el "carácter íntimo, único, incomparable, último venir a su propio sí". En cambio, la "persona" es una estructura con la que no se identifica el "sí-mismo" individual sino, por el contrario, es una máscara correspondiente al papel psicocultural que exige una determinada sociedad de un individuo concreto. Es verdaderamente lamentable que Jung use el término "persona" con el significado que le vio nacer: máscara, pues este concepto ha evolucionado hasta adquirir un significado realmente sublime. Por otra parte, no dudamos que haya buen número de individuos que han escindido en sí el "yo" de su propio ser con el "superyo" del papel social. A nuestro parecer tal escisión daña la integridad personal, ya que el hombre es un ser esencialmente social que alcanza su autorrealización en su relación con el otro.

El "sí-mismo" ("Selbst" en alemán y "self" en inglés) se desarrolla en la edad mediana y adquiere la preponderancia que correspondía en la edad primitiva a la sexualidad. La separación de los sistemas psíquicos hacen necesaria la función del "sí-mismo", arquetipo cuyo sistema unifica el aparato psíquico e integra la personalidad, al mismo tiempo que estrecha las relaciones del individuo con el mundo, proceso en el cual

la experiencia religiosa desempeña un papel importante.

Jung, en reacción a Freud, pretende investigar la psique en su totalidad y no reducirlo a "libido sexual". A pesar de su intento, la conciencia aparece como una pequeña isla en el inmenso oceano del "inconciente colectivo", que hunde sus raíces en lo orgánico. Si contemplamos con Jung el mundo desde la perspectiva preónica, coincidimos sin duda en su visión, pero si nos ubicamos desde la perspectiva epistemológica, la visión será precisamente la inversa, mas como lo inconciente es tal que sólo es conocido por la creciente penetración de lo consciente, preferimos visualizar desde este punto que no desde aquél, que en sí mismo es ciego, aunque sea inmenso.

En Estados Unidos, afirma Pontalis, los Institutos de Psicoanálisis se han transformado en centros de re-educación social, donde no importa la verdad sino el ajuste a la máquina social, en el que el lenguaje desempeña una función mágica a favor del mito. Ahí se considera neurótico a aquel que no se adapta a las reglas de la cultura en la que vive. La terapia, por consiguiente, consiste en una readaptación. El culturalismo norteamericano concede la función determinante al medio social, el desarrollo humano consiste en una progresiva socialización y adecuación del individuo a la propia cultura. El psicoanálisis, protesta Pontalis, se ha reducido a una psicología en favor del culturalismo, donde lo significativo es la sociedad y los individuos se sitúan en lo significado, pues en relación causal el comportamiento colectivo conforma la personalidad de los individuos. Lo cual contradice el "complejo de Edipo" y la concepción freudiana, en la que se hace entrar en conflicto al individuo con la propia cultura. El psicoanálisis va de lo particular a lo particular y no define al individuo por la influencia de la realidad externa. Lo que el análisis aprehende es el proceso de lo simbólico en la dinámica personal.

El hombre es definido por Pontalis como un "ser de lenguaje", como una "modulación enmascarada"; aunque nos parece que hubiera sido mejor que lo hubiera definido como "ser capaz de simbolizar" porque, de acuerdo a su teoría, la eficacia del análisis se establece sobre la "simbolización fundamental",⁵ que es pre-para-extraverbal y la palabra con su organización lingüística no es para él sino el medio adecuado a través del cual se transparenta la verdad. Pero pensamos por nuestra parte que no es el pensamiento inconciente sino al logos vivo y consciente al que arriba el análisis; que vencer las "resistencias" no es sino integrar en el reconocimiento, en la transferencia y en una decisión

conciente la orientación del inconciente y la intencionalidad conciente. En conclusión: el descubrimiento de los procesos inconcientes parten de la "simbolización fundamental" y culminan en el "logos vivo". Si se acepta el punto culminante, con todo lo que aquello implica, entonces cabe perfectamente la definición del hombre como "ser de lenguaje" y aún más, como "ser capaz de integrar su ser".

La positividad se esfuma de las manos de Pontalis cuando sitúa al psicoanálisis bajo el "signo de la muerte", como "amo absoluto". El nihilismo es su canto de réquiem. La sexualidad que propugna por la vida fracasa en la muerte. La fecundidad de la especie es, por tanto, estéril. El hombre no es, por consiguiente, Eros sino Thánatos, pues aquél se subordina a éste. La vida, parodiando a Bichat, no es sino la fuerza inútil que resiste a la muerte antes de someterse a su reinado. El amor narcisista del hombre sucumbe en su propia lucha. El otro significa la muerte del "yo", como ésta la de aquél, pues ambos mueren en su mutuo amor. El hombre es "hendidura vital, es muerte", porque el objeto que pretende su vida es fundamentalmente inadecuado a su deseo. La historia es el testamento de su muerte. Pontalis ha tocado la primera nota y hemos extendido la melodía, porque todos vibramos con la muerte cuando ésta se hace presente, pues en nosotros está. Aunque es importante no quedar atrapado en esa música, sino resurgir de ella con un nuevo espíritu, pues éste es el verdadero germen de vida, el sexo, si no es sublimado por éste es muerte. Entendemos por esto, no la renuncia absoluta, sino la integración superadora de los límites del inconciente.

Para el psicoanálisis es imposible la síntesis integradora de la personalidad humana, que permanecerá siendo siempre múltiple, dividida y fragmentada. Tal consideración se debe a que (ellos) sustentan que el hombre es en su núcleo esencial: "ello" de naturaleza sexual. En tanto que el "yo", en cuanto percepción-conciencia, permite la invasión de la cultura represora y se torna él mismo: un principio cuyo sistema reprime el movimiento natural del mismo ser humano. De igual manera interviene el "superyo". He ahí la personalidad en conflicto y en una división fundamentada en la sistematización esencial del ser humano. Nuestra opi-



nión propugna, precisamente, por sostener lo contrario: "La integración humana no sólo es posible sino necesaria".

Los filósofos han creado un proyecto humano que se aventura en actitud escatológica a épocas muy maduras y (ojalá no) muy remotas de la humanidad, pero si atendemos a un análisis de la realidad realizativa de la humanidad, consideramos que es muy probable que, en porcentaje mayoritario, Freud esté en lo cierto: el hombre se encuentra aún en su etapa infantil.

La resistencia de la humanidad a reconocer la verdad ha propiciado la reiteración errática de su desarrollo. Éste es un hecho reconocido ya, en alguna medida, por Freud y extendido en estos límites por Ricoeur.

El psicoanálisis es, por excelencia, la teoría que versa sobre lo fantasmático y, su expresión, lo simbólico. Por ello, la pretensión de liberar a esta enseñanza de la sombra del mito es contradictorio, pues la materia misma que trata se ubica en un nivel epistemológico cuyo tono es el mítico.

Notas

¹ J. B. Pontalis, *Vigencia de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Ed. La Pléyade, 1971, p. 7.

² Ob. cit., p. 73.

³ "Les Complexes familiaux dans la formation de l'individu", en *Encyclopédie Française*.

⁴ J. B. Pontalis, ob. cit., p. 76.

⁵ Ob. cit., p. 79.